

MI LECTURA DE LA CARTA A TODOS LOS SEÑORES DE LOS INFIERNOS¹

© Alberto Ornar Walls

Pues tornando a este apresurado arrebatarse el espíritu, de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y, por otra parte, claro está que no queda esta persona muerta: al menos ella no puede decir si está en el cuerpo u si no, por algunos instantes. Parece que toda junta ha estado en otra región muy diferente de en esta que vivimos, adonde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una.

Las Moradas, Santa Teresa.

Importará poco que en este esbozo medio poético que pergeño con suma admiración ante tanto padecer humano, indague en las relaciones histórico-personales del autor, y, libreme Dios, de intentar siquiera esgrimir atisbos de cualquier trampa literaria donde intentara relacionar vida y ficción, *testimonio vital y estética. Tampoco mi antetexto o prólogo, con el*

¹ Antonio Carmona, *Carta a los señores de los infiernos* [2007].

que se acompaña a esta *Carta a todos los Señores de los Infiernos*, va a pretender hacer las veces de sillón de psiquiatra o la de escritorzuelo metido a supuestas inspiraciones intuitivas sobre las razones que a Antonio Carmona lo condujeron a reescribir una nueva comedia divina en los albores del siglo veintiuno. Sólo pretendo abrir unas rendijas a la indagación y el conocimiento sobre los elementos malditos que subyacen en la condición del Hombre y que tanto a nuestro Carmona, como a Dante o a Mallarmé -y con otras intenciones más terribles, a Baudelaire-, los llevara a introducir violentamente sus dedos en vientres propios y ajenos, crispando las manos ya incrustadas en las vísceras, dándolas luego a remover en las entrañas mismas de la Existencia, para intentar al menos cubrir a pellizcos de certezas las múltiples y tristes dudas que nos ensombrecen en la actividad humana.

Siempre hemos dado por sabido que el viaje de Dante al Infierno era un viaje de iniciación que iba a la búsqueda de la perfección y la sabiduría. El viaje de Antonio Carmona, como un nuevo Aligheri, se escribe sobre su propia piel humana, dando testimonio de un trágico trasuntar por las esferas de los siete mundos infernales. Comienza el relato apocalíptico con unos perritos ahogándose en el Leteo, río

del olvido, lugar asaz sombrío, humillante y espantoso.

En este nuevo libro nos lo advierte el autor con la primera página *-Era obvio que padecía amnesia o que estaba muerto, como resultó ser-* y es por eso por lo que la lucha del protagonista irá encaminada, desde el comienzo, a saber quién es en realidad y, luego, en todo momento, a resolver la gran maldición de la entropía.

El desolador caos, el enredado desorden...

De ahí surgirá, más tarde, la ironía del narrador que se hará cada vez más presente, ¿o más omnisciente?, hasta el punto que narrador y protagonista se entremezclarán -producto del mismo caos- en un permanente juego de espejos que se confrontarán, espiarán, indagarán...

Todos sabemos hoy día que el podernos mantener en la vida orgánica es cuestión casi milagrosa. Quien ahora mismo desee experimentar la dimensión de estar vivo a través de la simple observación o, en mayor compromiso, con la pasión, mírese y tóquese el cuerpo, obsérvese en un espejo, y si no se cree vampiro o recién mordido intente besar a alguien deseado con lengüetazo profundo o láncese en parapente desde lo alto del Teide... ¡Yo qué sé!, ¡viva

al límite de la manera que se le permita gozar en vida solo a través de su cuerpo! Una vez comprobada esta simpleza que le va a entrar por los sentidos, plantéese que años antes que usted, otro cualquiera de los humanos también pudo haber sentido alguna de esas connotaciones sensoriales y, hoy... -como dirían Ornar Khaayyám y Agustín de León en épocas bien distintas- estar en este planeta transformados en diminutas *gotas de polvo* del camino, que cualquier caminante sacudirá con las manos quitándose el barro seco de sus sandalias. O las removerán nuevas bombas asesinas que danzarán en el aire hasta caer contra tierras secas y baldías, en nombre de algún tipo de razón enloquecida por los odios, buscando aún carne viva doliente donde solo existe ya el polvo de los muertos...

El caos al que vamos abocados es el de la destrucción y la muerte. Hasta el mismo dios Sol alguna vez tendrá que apagarse y con él se enfriará la Tierra y desaparecerá esta forma de vida hoy conocida de la forma que la recordamos y nos la pasaron nuestros antepasados a través del ADN. ¿Por eso hemos de fabricarnos un destino, una misión...? ¿Para quizá engañar al caos o para que todo lo que hagamos tenga un sentido? ¿Por qué nos hemos de pasar las vidas buscando la manera de engañar a la muerte, sortearla, esquivarla si es, por otro lado, nuestra compañera? ¿Será que aún estamos a tiempo de detener el

tremendo avance de la entropía? Supongo que si todos los humanos nos pusiéramos de acuerdo para detener el inexplicable avance de las fuerzas infernales, la vida en este mundo sería un cielo. ¿Pero qué es el Cielo? ¿Y cuáles son esas fuerzas infernales que nos acosan y nos empujan a la autodestrucción?: el miedo es una de ellas; el ataque, es otra; los rencores acumulados, también; por supuesto el poder, dominio y humillación de los otros en cualquiera de sus manifestaciones; qué duda cabe que la traición y... ¡haber perdido la inocencia!

Si la sola sonrisa de un niño pequeño pudiera representar que nos trae consigo la inocencia del lugar de dónde viene, ¿por qué tenemos tanto temor al *otro lado*, exista o no cielo, infierno o purgatorio o reencarnación?

Carmona-Aligheri cambió a Virgilio por la Muerte como acompañante en el viaje sin retorno posible. Y este viaje de Carmona lo realizan una Carta (el mensaje) y la Muerte (el mensajero): en una confrontación permanente de los muertos vivos y los vivos muertos, en un inacabable e infinito remirarse en los espejos de la identidad, como un alegato artesano de las muñecas rusas que se contienen hasta lo imposible...

El protagonista es una carta que el lector irá leyendo en la andadura visual y terriblemente hermosa de una de las prosas poéticas más iluminadas de las que haya leído, desde que en mi juventud trasunté los escritos iracundos de Verlaine y Rimbaud. Otra cuestión será, más adelante, en la lectura, el que Carmona transforme a la Muerte en otro protagonista, porque le dará pena verla anclada en los destinos de lo *inmorible* o, simplemente, porque se compadece al saber que el mensajero se descubrió eterno.

Hay pocas leyes sobradamente conocidas en el universo escondido del mundo: una de ellas se refiere a nacer dos veces -desde el espíritu o kundalini-; otro gran misterio, es vencer a la Muerte. Quizá el término vencer no sea el adecuado, simplemente comprenderla, aceptarla y pasar a otro plano en esta rueda infinita de metas y más metas del mundo de las experiencias.

Quien porta la carta -es decir, el texto que se lee a sí mismo y que el lector tiene entre sus manos- dado su carácter de verbo permanentemente iracundo y el tono antirrealista, lo emparenta con los autores que en 1884 Verlaine puso bajo el paraguas del nombre genérico de *poetas malditos* -subversivos y

desclasados— y que reconoció con el simbolismo; escritores como Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Corbière, o, en habla hispana, el propio Rubén Darío... En teatro y pensamiento, luego descubriríamos al gran Antonin Artaud y, también, cocinándose entre el dadaísmo y su hijo, el surrealismo, a Bretón y sus compañeros del predominio de los sueños, como por ejemplo al canario Agustín Espinosa, o al gran Boris Vian, o a los tremendos Lovecraft y Poe, o las visiones nihilistas de...

Hoy no hay búsquedas literarias interiores tan desgarradoras como aquellas, que dejen al autor, el narrador, y por extensión, al lector, en llaga tan viva. Cuando en los poetas malditos el yo poético presentaba un agitado y satánico personaje que lanzaba palabras contra la humanidad, expresando su rabia maldiciente, mostrando la fealdad de la putrefacción social, haciéndolo desde luego a través del versolibrismo...; hoy, nuestros poetas profesionalizados, si bien asumen las formas libérrimas, muestran la misma decadencia moral burguesa que la Carta carmoniana evidencia en su trasuntar volando por los infiernos cónicos, crónicos, canónicos, caóticos...

Siempre que se escribe se está con la sensación o el deseo de mostrar la propia experiencia. A veces se testimonia el terror de sentirse vivo en un mundo que habla de separaciones; el miedo en un universo social en el que la desconfianza, la culpa y el pecado son las monedas de uso cotidiano. El miedo como elemento en el que flotan los demás desasosiegos del hombre. El ansia, la angustia de superar la muerte -¡sin saber cómo hacerlo!- con lo que implica de destrucción propia y de lo que se ama. Puede que ni nos demos cuenta durante años, pero ocurrirá quizá que en cualquier momento nos asaltará a los oídos el bramido, acallado por el tiempo, de otras guerras lentamente olvidadas. Ahí están presentes los terrores, sin desearlos, exigiéndonos vasallaje a través de las viejas angustias infantiles domesticadas durante años por la vara de mando de las autoridades familiares o las de las religiones y sus secuaces. Son los jinetes descabezados del miedo, el dolor, la desesperanza... Cabalgan en medio de los sueños todas esas emociones y sensaciones que no pueden tener la belleza de las hojas que caen en otoño o la gracia emocionante de ver nacer a un ternerillo en la finca de campo del abuelo. Por igual son todos tan terribles, aunque proyecten hacia nuestro yo imágenes mentales diferentes, si es que hemos estado buscando la luz en medio de las tinieblas. Es el proceso de vida que se ha escogido: hacer la travesía

estigia a nado..., empapándose en las miasmas del pasado.

Quien esto lea ¿se ha preguntado antes de ahora si ha sentido miedo de verdad? ¿Qué cosa son los miedos? ¿Hay muchas formas de miedo? Cualquier tipo de miedo que de adulto nos asalte puede haberse producido en la niñez. Dará lo mismo que haya sido adoptado a los tres, cinco o diez años, lo cierto es que cuando no lo deseas, ni lo esperas, puede reaparecer. ¿Cómo reconocerlo? ¿Cómo descubrir con qué rostro y maneras se encubre, siendo siempre el mismo? El miedo nace de sentirte ajeno, extrañado y resurge en el momento en que te sabes alejado de ti mismo, de tu interior más íntimo; enajenado.

Hay un interior profundo, desconocido, al que no le llega nunca la sensación de miedo y no llega porque el miedo se diluiría en ese interior tan prístino e inasible. En lo profundo de ese interior casi desconocido, ¿salvo para los *santos*?, vive nuestro ser superior que nos mira con los ojos cerrados... Son afirmaciones que aquí doy y quien lea las aceptará o no, porque las transmito como si las supiera desde el comienzo de los siglos: no podemos demostrar que exista ese ser interior situado en un *lugar íntimo* y que está por siempre ajeno a toda causa y efecto de los

miedos infantiles. Lo aceptas o no, porque son posibilidades de unas verdades que han permanecido ocultas, durmiendo el olvido y en un momento, alguien, que también subyace en el colectivo popular, las sacó a la superficie de la vida diaria para su uso y consumo.

Hay seres portadores del miedo o propiciadores. Puede que se trate de algo tan sutil, o literario como eso de que cada víctima conlleva implícito su propio verdugo y que lo hallará tarde o temprano y que acabará empujándolo a que actúe. Igualmente hay épocas del miedo -junto a éste están el terror, la duda y la violencia permanente de la desconfianza- y aunque se den situaciones de valentía y heroicidad se actúa desde el temor. Vivir en el miedo es doloroso, pero lo es más si no se sabe que se está en esa situación. Descubrirlo es un comienzo bueno; saberlo y comenzar a vivir como si ese fantasma viscoso no existiera y, desde luego, afrontándolo acabará quizá por no existir.

Exorcizar los fantasmas de la niñez...

Porque solo ocurre aquello que nosotros queremos que exista. Creamos nuestras propias limitaciones, acotamos nuestros perfiles permanentemente para poder fabricar rostros y formas reconocibles. Sólo

cuando nos salimos de las veredas familiares, cercanas, o nos adentramos en la creatividad -tanto de los sueños como la del artista- las formas se van separando de lo reconocible y pueden transformarse en líneas inventadas, algunas monstruosas. ¿Pero quién marca el final de una transformación dejándola en los límites de lo reconocible? ¿Hasta cuánto un niño es capaz de diferenciar exactamente la dimensión del llanto de su madre, sabiendo sus motivos y consecuencias? Para cuando un niño asista por primera vez a ver y oír el llanto de su madre, comenzará a descubrir el rostro del miedo: creará que lo separan para siempre de la fuente del amor. Es posible que le expliquen algo que suavizara su visión previa, pero él acababa de descubrir que aunque existía un dolor ajeno, que no le pertenecía, sin embargo algo que anida más hondo que el plasma de las emociones, le forzó a adoptarle como propio -de ahí, a sentirse culpable, sólo tenía un paso-. La respuesta del niño de acompañar el llanto de su madre, gimoteando a coro por lo bajo, sin saber exactamente lo que le esté ocurriendo, es uno de los más grandes y terribles descubrimientos del ser humano doliente. Viene de aprender, de descubrir, la esencia del miedo, el terror de sentirse abandonado. Teme a algo que desconoce, que ni siquiera le ha ocurrido a él pero le han asaetado el corazón, le han dado en la diana de todo su mundillo de

sentimientos. Puede que para el futuro sea un ser que sufra del corazón o que se quede ciego para no volver a ver nunca más el dolor del ser que más quiere. El miedo profundo aún no ha surgido, eso será solo el comienzo, pues se presentará nuevamente cuando el niño intente acallar el llanto nuevo de cualquier otro ser que ame..., de cualquier otra persona que le inspire afectos similares. Curiosa paradoja, como casi todas ellas el miedo nace para intentar paliar un sentimiento de dolor, pero alguna suerte de química adictiva se desprende en el individuo que se presenta hasta cuando no hay dolor, buscando el recrearlo. Eso justifica las insatisfacciones o los demonios de las culpas...

El poeta Antonio Carmona nos canta su nueva versión de los infiernos de la vida usando tanto un ritmo interior propicio con palabras conjuntadas en frases cortas, como las repeticiones que a modo de codas salmodiadas se van desgranando propiciando la apariencia de diferentes voces a través del largo poema en prosa. Aunque, no obstante lo que se cuenta, siempre está presente una misma voz, la del protagonista: la Carta (*Yo, sin pasado, quizás había muerto y resucitada Vi al infierno. La muerte sólo fue un instante; después llegó la vida en la muerte*). Para el protagonista, sin saber por qué, estará la búsqueda de una misión, pero antes descubrirá que vivir en la

muerte se ha transformado en una experiencia que va más allá del dolor para adentrarse en las ciénagas de la tristeza, el desenfreno, el desaliento, ya que el propio narrador es la carta que se irá haciendo a sí misma a medida que descubrirá esos contenidos de los infiernos. Su misión, de tan obsesiva, es como la misma que le movía a transitar por caminos desconocidos a los caballeros andantes medievales: salvar a su amada. ¿Un caballero?, ¿una carta envenenada?, ¿un príncipe encantado que también espera despertar, al tiempo que su señora, del sueño en el que se halla? ¡Qué hermoso epitafio para un gran poeta cuando dice!: *Me lancé como un héroe a los submundos para rescatar a mi amada.* ¿Pero cómo puede el poeta-héroe seguir sintiendo angustia si ya tiene una misión que, al parecer, lo salva de la locura? Parece ser que el poeta-carta no teme a la locura, ni siquiera a la Muerte (de quien se compadece), tampoco a Cronos, ni a los tomos de la biblioteca del pasado, quizá sólo a las bestias agujereadas y al Canto Consejero que los obligan, a la Carta y Recadero, a disfrazarse de seres desconfiados, porque habitan en el reino de la desconfianza.

Pero todo ese temor, con muchas dosis de fina ironía... Por contra, ante tanta abyección, la Carta acumulaba entre sus páginas-misión-lectura hermosísimos jirones de imágenes inusitadas: *Cada*

mamut traía un jilguero en su cabera y cada elefante un canario (...) En aquel lugar se mezclaban los pájaros libres, y cantaban críticas melodías a las rateas puras. (...) El mensajero cogió el espíritu de un pájaro mixto y marchamos hacia ninguna parte. (...) Crecían con el sufrimiento del desamor, con almas astilladas porque eran de hielo, crecían con la luz de la luna robada y la locura de puertas selladas por la ausencia de preguntas.

Si los temas adoptados por Antonio Carmona son los que se emparentan con toda la gran tradición literaria de lo maldito, qué duda cabe que la gran técnica utilizada es la que el surrealismo francés acuñó como automatismo psíquico, que alcanza en esta *Carta a todos los Señores de los Infiernos...* uno de sus más hermosos exponentes.

La buena literatura es y seguirá siendo de todos los tiempos y los padres literarios de Carmona -Dante, Baudelaire, Verlaine, Lovecraft, Apollinaire, Espinosa, Vian, Poe, Bécquer... -estén donde estén, sea en el *Infierno* o en el *Cielo*, se estarán frotando las manos de contentos.

Comenzamos nuestra introducción con uno de los hermosos textos iluminados de Santa Teresa, acabemos pues con otro de Charles Baudelaire

[Correspondencias], pues son cara y envés de una misma realidad:

La Creación es un templo de entre cuyos pilares hay palabras confusas que acertamos a oír; pasa el hombre a través de los bosques de símbolos que le observan con ojos habituados a vernos.

Cual larguísimos ecos que a lo lejos se funden en lo que nos parece unidad oscura y honda, vasta como la noche, vasta como la luz corresponden perfumes a colores y músicas.

Hay perfumes tan frescos como carnes de niños, suaves sonos de oboes, verdes como praderas, como hay otros corruptos, triunfales, pictóricos, que se expanden igual que lo que es infinito, como el ámbar y el almizcle, el benjuí y el incienso, arrebatado sonoro de sentidos y de alma.